

## La Universidad (\*)



Gaya ciencia, ciencia mía,  
ciencia de la yoglaría,  
ponte medrosa á temblar;  
que hoy te cometo á cantar  
mesteres de clerecía.

Hila verbós, pule austera  
tu estilo en gracia al sujeto,  
y haz tanto, musa ligera,  
que en el tono y la manera  
te conozcan el respeto.

— Señora Universidad,  
la de las rancias consejas,  
¿recobras tu potestad,  
que hoy pone la mocedad  
flores de almendro en tus rejas?...

---

(\*) Motivó este canto la visita de los universitarios de Burdeos á nuestra valiente Universidad de Salamanca.

Tú, la de claustros vacíos,  
la de portones sombríos  
en la inacción y en la herrumbre,  
¿reclamas tus poderíos,  
que rompes con la costumbre?...

De tierras de Francia vienen  
mensajeros, que te halagan;  
á tus puertas se detienen,  
de tus glorias se mantienen  
y con su ciencia te pagan.

Renuevos de clerecía  
en tierras de España brotan.  
¡Ay, ponme á logro este día,  
musa mía, musa mía,  
que es de los que no se agotan!

Mueve la sonoridad  
de unas campanas de gloria:  
¡tócate de majestad,  
señora Universidad,  
que entras de nuevo en la Historia!

Tú, que haces el corazón  
férreo, cuando en él penetras,  
maestra, norma, sanción,  
¿limpiarás de corrupción  
nuestras armas con tus letras?

Tú, que casi resucitas  
después de siglos de olvido,  
¿á nuestras ansias benditas  
volverás á dar sentido  
con tus palabras escritas?



Madre de la ley, señora  
de la Ciencia, alma del Arte,  
¿reconocerás ahora  
que ya hace unos siglos llora  
sin cifra nuestro estandarte?

¿Qué nos vale, en la desgracia,  
tener, para nuestra audacia,  
fuerte el hierro, agudo el filo,  
si no toma su eficacia  
de ti, maestra de estilo?

¡Ay, santa vida estudiosa,  
troquel de las mocedades!  
¡Ay, sacra fuente gloriosa,  
que unge el alma veleidosa  
con agua de eternidades!

Tu divina agua lustral  
nos mantenga en los caminos;  
que en nuestra alma, tu caudal,  
es como un sello imperial  
en rústicos pergaminos.

Valedera de tu raza,  
haznos tú sus valederos;  
no salgamos á la plaza  
sin poner nuestros aceros  
á seguro en tu coraza.

Y tú surge, toda armada,  
toda personal y esquiva;  
en ti misma gobernada,  
no como cosa creada:  
como Creadora viva.

Y á nada ceda tu arresto  
y lo oculto y lo repuesto  
por tu gracia se nos abra;  
la tradición te dé el gesto  
y el futuro la palabra.

¡Ay, gentes de clerecía,  
ponedle á la patria mía,  
que ya es anónima, un nombre!  
¡Haced en esta agonía  
de cada patricio un hombre!

¡Ay, colmena castellana,  
que aun resabe á la galana  
miel de fray Luis de León!  
¡Vuelve á mandarnos el són  
castizo de tu campana!

Vuelve á proclamar verdades  
tuyas; afronta impiedades;  
sufre cárcel y destierro;  
¡vuelve á hundir almas de hierro  
en agua de Humanidades!

Y en tu rincón de Castilla,  
sobre esa tierra amarilla  
de los solares reflejos,  
¡sé tú la nueva semilla  
cuyos brotes lleguen lejos!

En malos días nacimos.—  
Para vernos cual nos vimos  
de nuevo en nuestra heredad,  
¡espíritu te pedimos  
gritando, Universidad!



Espíritu... nombre... brasa...  
 ¡sentido! — que el viento pasa  
 y ya no resuena, mudo;  
 porque se cayó el escudo  
 con letra de nuestra Casa.

10 Febrero.



## La guillotina en Francia



### I

... ¿Tú también? ... La Justicia soberana  
 torna á errar por tus llanos, dolorosa,  
 y sangre y fango manchan la gloriosa  
 toga, que tú pusiste en ella, hermana.

... ¿Tú también, Francia? ... ¿Qué ceguera insana,  
 qué miedo pusilánime, qué odiosa  
 venganza armó tu diestra poderosa? ...  
 Duermes... y duerme la Razón humana.

Hay una sombra trágica en aquella  
 solemnidad del Arco de la Estrella,  
 por donde entró á lo Eterno Víctor Hugo;

y, mientras bota en el sangriento charco  
 cada cabeza exangüe, arranca al Arco  
 un trofeo la mano del verdugo...



## II

¡Francia... patria de todos!... No es ajena  
á tu dolor la lengua que te implora;  
patria del que combate y del que llora,  
¡nuestras son tu corona ó tu cadena!

Serena Francia de la voz serena,  
Francia del porvenir y de la aurora:  
si tu regazo se nos cierra ahora,  
¿adónde iremos ya con nuestra pena?...

Que no eres, Francia, por tus francos hechos,  
ni por las piedras francas de tus techos,  
ni por tus francos verbos nacionales;

que, más que en tus diurnos menesteres,  
Francia divina, está tu vida en que eres  
la patria de las cosas ideales.

## III

Francia, al mover tu brazo — ¿lo has pensado? —  
mueves en él la dignidad humana;  
Francia libertadora y soberana,  
¿qué has hecho del amor que te hemos dado?

El nombre tuyo, en que hemos encerrado  
toda idea de honor, toda lejana  
esperanza de triunfo, Francia hermana,  
¿a pasto de qué cuervos lo has lanzado?...

¡Ah, Francia clara, amada Francia mía,  
la roja flor que en tu jardín se abría,  
es una herida trágica en tu nombre!

¡Francia!... y la sangre que caliente brota  
de esta herida cruel, pone una gota  
de deshonor en toda frente de hombre.

## IV

Tú, en cuyas canas de glorioso anciano  
honro y bendigo á Francia; que podrías,  
en el dolor de estos amargos días,  
detener la cuchilla con tu mano;

tú, en las críticas horas, Soberano  
de la Nación á quien ayer servías,  
piadoso acoge las palabras mías,  
rector y padre del Senado humano.

¡Abre á Francia los ojos!... Dondequiera  
que alienta y que palpita una quimera  
de Humanidad... tu Francia está presente;

— y mi voz, desgarrada y solitaria,  
en el agrio fervor de esta plegaria,  
es la voz de dolor de un hijo ausente.



## V

## A los patibularios

Chusmas viles, oid... Este que avanza,  
torva la marcha y torva la figura,  
recogiendo al pasar la podridura  
de vuestros ebrios gritos de venganza;

este, armado en la Ley, que se abalanza  
á ejecutar una justicia oscura,  
viene á cortar, con la cuchilla impura,  
las flores del jardín de la esperanza...

Este, sombrío, de los torvos pasos,  
que tiene el resplandor de los ocasos,  
en el trágico horror de su grandeza,

¡es vuestro Rey!... Hacedle cortesía,  
cantadle con rugidos de alegría,  
¡que en sus manos está vuestra cabezal



## El donativo á Italia (\*)



... Y el Cid de ayer, que abandonó triunfante  
su mano entre las manos del leproso,  
hoy codicioso, avaro y caviloso  
tiende la mano y no retira el guante.

Sale á campar por épicos senderos  
y por parajes de desolaciones;  
y arroja, parco, escudos de escuderos  
donde aun recuerdan oro de infanzones.

Llevan á España adonde la tristeza,  
sangre, no llanto, arranca de los ojos;  
mas, como son, para su peso, flojos,  
la despojan del manto de grandeza...

Nuestra miseria nombran, para abrigo  
de la avara limosna reducida:  
no ven que en la limosna del mendigo  
se cuenta con la sangre y con la vida.

(\*) Comenta el auxilio, en opinión de todos, mezquino, con que acudió España, por ministerio de su Gobierno, á los dolores de Italia. No recordamos qué ministro pretendió por entonces excusar la mezquindad, diciendo que España es una nación pobre. Su frase era más pobre todavía.



La entera España, en un clamor materno,  
responde al clamoreo de Messina;  
y nuestro sueño, el resplandor eterno.  
de las épicas ansias ilumina.

El doméstico asilo en que, durmiendo,  
viven las almas de quietud diurna,  
con el relato del dolor tremendo  
toma una clara transparencia de urna;

y la calle y la plaza y los lugares  
de esparcimiento y todo el cerco urbano,  
en el horror de los lejanos lares  
beben renuevos del valor lejano.

Que está en ascuas España y, para un brazo  
español y tallado á nuestro modo,  
eran los días, amasando lodo,  
de cocer una estatua en su regazo.

Que á punto está de pebetero inmenso  
el nacional espíritu, y no había  
generosa quimera de hidalguía,  
que ahora, en sus llamas, no tornara incienso.

Todo llanto olvidamos; toda herida  
cicatrizó, frente al dolor hermano.  
¡Ardiste, España! ... Mas faltó la mano  
que empuñara la antorcha, decidida.

Y cuando, en propia sangre, tu regazo  
su púrpura á la antorcha mantenía,  
nadie la recogió, porque temía  
el dolor de sus chispas en el brazo.

Y afuera vas, indigna de ti misma,  
ya no á llevar, sino á pedir consuelo;  
y en el mar de amargura en que se abisma  
tu vergüenza es más grande que tu duelo.

¿Mendigos, hoy? ... Cuando un glorioso instinto  
coronó la epopeya castellana,  
descerrajando el arca á Doña Juana,  
ladrón y emperador fué Carlos Quinto ...

¿Mendigos, hoy? ... Cuando en la guerra mora  
se apuraron las viejas escarcelas,  
dió el oro de sus joyas la Señora  
á la quilla de aquellas carabelas ...

¿Mendigos, hoy? ... ¡Tuvieras, patria mía,  
como en un tiempo, intérpretes cabales! ...  
Acaso menos barcos contaría  
tu flota en los futuros arsenales;

pero hoy, sereno, en el tributo pío  
de las naciones, sollozando á coro,  
¡cruzaría los mares un navío  
con tu estandarte de las rayas de oro!

## ENVÍO

España, adentra en ti ... Huérfana, lloras,  
y usan de tu heredad manos extrañas;  
¡muestra — tú sola — en las supremas horas  
que tu sangre está toda en tus entrañas! ...

13 Enero.





## Pindárica (\*)



### I

Gloriosa arquitectura  
del cuerpo humano, en líneas atrevido;  
recio engarce de fuerzas, sometido  
á la mayor, la voluntad segura;

perpetuamente noble,  
milagro de la acción que en él fomenta  
la ponderada excelsitud del roble  
y el rufo acometer de la tormenta;

lucha, deporte, impetuoso injerto  
del músculo en la vida;  
sobre el dolor del cuerpo humano yerto,  
pones una bandera esclarecida.

### II

Torna, en ondas caudales,  
la sangre á arder, como en el ciclo griego;  
renuevan los mortales  
el claro engaño olímpico del juego;

(\*) Se celebran en esta poesía los deportes modernos.

y, en el puro regazo  
del aire libre, que los nimba y dora,  
triunfan de nuevo, en desnudez, ahora,  
el torso recio y el combado brazo.

Entran, por las doradas  
puertas del juego, á la tensión futura,  
los mancebos; relucen sus miradas  
en el afán del lauro, y, abocadas,  
como agua en cauce, á superior cultura,  
las juveniles ansias disipadas  
paran en flor de triunfo y de hermosura.

Y, sobre carne que palpita sana  
toda en la lucha endurecida y tensa,  
apoya el vuelo de su curva inmensa,  
casi aquilina, la ambición humana.

Y el espíritu-buitre ya no apura  
esta carne en las garras del deseo;  
que halla pasto, á placer, para su hartura,  
en su ancha complexión de Prometeo...

### III

¡Oh, gesto libre, que perenne dura,  
del Discóbolo padre!... ¡Oh, torna, ufano,  
á consagrar, en el Senado humano,  
la gracia de la humana arquitectura!

Y un concurso radiante,  
mientras torna estatuaria  
la abandonada máquina precaria  
de la carne, salude, aplauda y cante,



todo exaltado á formas superiores  
de expresión; y en las torpes multitudes  
pongan un dejo animador de flores  
abiertas en la luz, las actitudes;

y pase un ritmo augusto,  
torciendo á gracia noble el movimiento;  
y triunfe el hombre... ¡el hombre!... en el robusto  
esplendor de un vital Renacimiento;

y, torbellino de encendidos rastros  
deje en pos de él, y estrépito sonoro  
el balompié que bota, en polvo de oro,  
como si dioses trastornaran astros!...

## IV

— Tú, Musa, extrae y anima  
de tu fondo ancestral, el olvidado  
canto, y pon en las manos de la rima  
la virtud del Esfuerzo renovado.

Y al pueblo tuyo, honesto  
y en cenizas de muerte entristecido,  
dile la gloria del desnudo gesto,  
en la tensión olímpica aguerrido.

Y torne un brazo fuerte  
y un músculo que fácil se retuerza  
á oponer á los dardos de la Muerte  
la atlética coraza de la Fuerza.

Juegos... divinos juegos...  
¡abrid de nuevo vuestra gracia al día,  
que es esta lumbre de la patria mía  
la misma lumbre de los campos griegos!

Y hay, después de la olímpica gimnasia,  
para las sienes de los triunfadores,  
en ella, el mismo mirto que dió flores  
al gineceo acogedor de Aspasia...

7 Abril, 1909.







## Ricardo Wagner



### I

¡Afortunado! . . . En la monotonía  
de la trillada senda, un negro día,  
el viejo modo te perdió sentido.  
Y quedaste perplejo, en el sendero,  
como, desnudo de armas, un guerrero,  
viendo llegar al paladín temido.

¡Oh! Fué, dentro de ti, la tarde aquella  
como una noche y una luz de estrella  
que pugnaban, riñéndose dominio.  
Tu alma afrontaba la ignorada suerte  
entre un susto de muerte  
y un claro resplandor de vaticinio.

¡Afortunado! . . . Los antiguos frutos  
te perdieron sabor; de los tributos  
del arte tuyo rezumaba hastío;  
y la presunta forma se te abría,  
áurea, en la luz del ignorado día,  
como un cáliz vacío.

Tus manos iban á romper jarales,  
tu planta se iba á entrar por los zarzales  
en el arduo estupor de la maleza;  
primer llegado á aquellas soledades,  
á tu paso, las míticas deidades  
volverían, huyendo, la cabeza.

¡Virginidad intacta de la Formal  
Llevabas, en tu espíritu, la norma  
de tu futura acción, Predestinado;  
y toda el alma te renovaríá,  
en su fondo ancestral, desde aquel día,  
la novicia virtud de tu dictado.

### II

¡Afortunado! . . . La manera nueva,  
entre tus manos vino á luz, manceba,  
dejando en ellas polvo de sus alas;  
y tú quedaste todo de ella ungido,  
como Zeus, en el brillo esclarecido  
de la lanza de Palas.

Segunda vez las cosas de la vida,  
la marcha interrumpida  
comenzarían, á la voz del hombre;  
y tú, tendiendo, dictador, la mano,  
con aquel gesto del primer humano,  
les darías esencia, al darles nombre.



## III

¡Oh! No sin lucha, el mundo, satisfecho  
 en el sosiego del usado techo,  
 iba á abrirle la puerta á la Ignorada;  
 la Humanidad dudaba de tu estrella,  
 y fué preciso, antes de armarla en ella,  
 herirle las dos manos con tu espada.

Y, en el horror ferviente del combate,  
 corrió la sangre y se vistió, magnate,  
 de púrpura y de luz la Forma nueva;  
 y, al dar la sangre en ella, la hizo activa  
 y la sacó, como una cosa viva,  
 de los hornos calientes de la prueba . . .

## IV

Humanidad: esta, del casco alado,  
 fiera en la majestad de su tocado  
 y en el furor de los salvajes gritos;  
 esta, que nace al odio, á la venganza,  
 al amor, al dolor, á la esperanza,  
 con coraza en el pecho, y en la lanza  
 un resplandor de rumbos infinitos;  
 esta, del manto rojo, entre las rocas,  
 que pone alardes nuevos en las bocas  
 y en todo brazo humano un nuevo gesto,  
 eres tú misma. ¡Exalta y canta, en ella,  
 á aquel Audaz, de la feliz estrella,  
 que te sacó á la luz, de lo repuesto! . . .

## V

— Y ahora, tan sólo para ti: De hinojos,  
 con lágrimas calientes en los ojos  
 y la blasfemia entre los labios rojos  
 y sangrientos los pies de los rastrojos,  
 por la esquilhada tierra que cultivo,  
 te hablo, Feliz . . . ¿no me dirás de aquella  
 senda ignorada y misteriosa y bella,  
 sin rastro humano, sin humana huella,  
 que llevó á luz de novedad tu estrella  
 y libertó tu espíritu cautivo? . . .  
 Padre y Señor . . . tú sabes  
 con qué dolores y tormentos graves,  
 en la ardua espera de encontrarla, vivo.

10 Marzo 1909.







## Por la cultura



Mira, madre España, que no tiene espera  
el hambriento, cuando pide con afán;  
mira que tu raza, pálida y austera,  
pide ciencia y letras, como si pidiera,  
por los arrabales, mendrugos de pan...

Mira, de la vieja ciudad castellana,  
qué manos se alargan, qué deseos vienen;  
madre, la mi madre tornadiza y vana,  
mira que ha crujido la patria solana  
y que ya las vigas no nos la mantienen...

¡Ay, por esos mundos del vivir sonoro,  
de las sutilezas, de las fortalezas,  
cuando piden ciencia los hombres, á coro,  
oye su prez una Minerva de oro  
que tiene coronas para sus cabezas!

Y aquí... No son galas las que te pedimos,  
ni damascos, para la vieja casona,  
ni hartura, ni joyas... ¡Es que nos morimos,  
madre! Para darnos el pan que pedimos,  
¡véndete las joyas que hay en tu corona!

Mira que la vida la hemos de ir haciendo  
no con nuestras manos, mas con nuestras almas;  
mira que nos echan de la tierra, viendo  
que, agotados, vamos el pan de hoy cociendo  
sobre las cenizas de tus viejas palmas.

Mira, mi señora de las dos Castillas,  
que ya se nos comen nuestras amarguras;  
y mendigan nuestras manos amarillas;  
porque cavar campos sin echar semillas  
no es hacer sembrados, sino sepulturas...

Mira que tan sólo nos serás materna,  
si nos crías con leche de tus pechos;  
madre, deja un día de ir á la taberna,  
torna á la casona y humíllate, tierna,  
á nutrir tus hijos en los pobres lechos.

Mira, madre mía, que tu prole errante  
ya está fatigada de ir por los caminos,  
la alforja á la espalda, la muerte delante,  
á buscar el pan del alma, anhelante,  
que brazos extraños le tiran, mohinos.

Piensa, madre mía, que alma que se humilla  
á pedir á extraños, luego es alma rota;  
¡piensa que nos rinde, trágica Castilla,  
tener que ir buscando la buena semilla  
por entre las pajas de una lengua ignota!

Madre mía, madre de la gran quimera,  
del áspero gesto, del divino orgullo:  
si á buscar la vida les arrojas fuera,  
¿cómo luego culpas á tus hijos, fieras,  
porque el deajo olvidan del materno arrullo?...



¡Escucha, por estas soledades yertas  
de almas españolas, qué alaridos pasan! ...  
Casas no habitadas, bóvedas desiertas,  
en las noches largas golpean sus puertas,  
y huracanes de dolor las arrasan ...

Como á la ventura nuestro pan buscamos  
y el que nos arrojan no lo hemos cocido,  
un desabrimiento perenne mascamos;  
mordemos la Ciencia, no la comulgamos,  
y nos nutre el cuerpo, pero no el sentido.

Nos es cada miga del pan de la vida  
de nuestra miseria testimonio vivo:  
¡y nunca á los postres de nuestra comida,  
en la paz de la mesa compartida,  
surge el estribillo del cantar nativo! ...

Cuando ella es el lazo que nos uniría,  
la ciencia á nosotros, madre, nos separa;  
quien la logra y torna del destierro un día,  
ya no ha de hallar hembra para hacer su cría,  
tierra que á su siembra germine preclara ...

Madre, ¡ponle á España murallas de hierro!  
¡Mira que nos tientan todos los caminos! ...  
¡Dóblanos las rejas en el patrio encierro!  
¡Manda que no tornen del áureo destierro  
los que se salieron á buscar destinos! ...

Porque esta Tragedia, madre, es la cruenta;  
es la que te rompe, la que te termina;  
madre, la mi madre; surge, violenta;  
ve de ser el iris en esta tormenta,  
y haz, otra vez, trono de tu escuela en ruina.

Mira que estos brazos que hoy piden amigos  
ya preparan la futura amenaza...  
¡Ay de ti, mi madre, madre de mendigos,  
si, un día, buscando los ajenos trigos,  
sola con tus cuitas te deja tu raza! ...

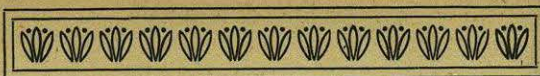
Maldiciones negras rugirá tu boca,  
cruzarás, á gritos, el patrio desierto...  
Irás, dada al viento la fúnebre toca,  
como aquel fantasma de Juana la Loca,  
llevando entre cirios tu pasado muerto...

Y ya tu tragedia será inevitable:  
—los tiempos apremian y es vil la mentira—.  
Mañana, mi vieja madre lamentable,  
cuando del olvido de tus hijos hable,  
¡no podrá culparles con razón mi lira!

14 Abril 1909.







## Elogio de Holanda

(En el nacimiento de una Princesa)



En la Holanda de cromo,  
una Princesa azul de cuento de hadas  
ha venido á luz, como  
una flor, en un triunfo de alboradas.

Holandesa Infantina,  
de la cuna mullida y torneada;  
la Reina Guillermina  
bordó las randas y cosió la almohada.

Entra, á vital camino,  
Infantina de raza, en esta cuna  
que tiene el baldaquino  
blanco, tejido en un cendal de luna.

Las bondadosas manos  
de tu nación doméstica se tienden  
y el fruto de los huertos soberanos,  
promesas de oro, en la gran luz, suspenden.

Las casitas enanas —  
¡oh, corro de comadres vocingleras! —  
ponen, en sus ventanas,  
la risa tricolor de las banderas ...

Holanda, clara Holanda,  
sitio de fe, de tradición; albergue  
de poesía que, en la Europa infanda,  
la dulce paz de sus colinas yergue;

nación-semilla, sana  
alquería de Europa en que, constantes,  
renuevan una égloga lejana  
los sones de esquilón de tus rumiantes.

Viva y vital Holanda  
de carne en flor, que exulta en tu verdura  
como la fruta blanda  
del escondido huerto en la espesura;

Holanda sin afanes;  
anacrónica, en medio de esta ruina,  
que amasas, cauta, los caseros panes  
en lo nativo de tu propia harina;

Holanda, pensativa  
como mujer encinta, que es terrena  
en fuerza de ser viva;  
y, en su propio misterio, se serena;

Holanda, eterna esposa  
de nuestro Pensamiento,  
que, antes de tomar rumbo, violento,  
en tus dos brazos blancos se reposa;



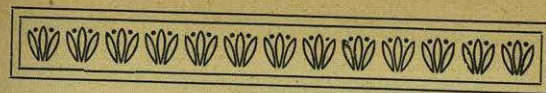
Madre de hogares ... Crece  
mi canción, castamente desenvuelta;  
que una rima le ofrece  
tu simbólica rueca, en cada vuelta.

Y se hace campesina  
mi musa y con mi musa á paz me hallo,  
besando, como el último vasallo,  
los diminutos pies de tu Infantina ...

Que en tu paz de alquería  
y en tu vitalidad fecunda y buena,  
se torna maternal la Monarquía  
y, como agua en el barro, se serena.

Infantina dorada,  
luminosa Infantina:  
Dios prospere á la madre Guillermina,  
que ha mullido las plumas de tu almohada.

París, 2-V-1909.



## Á la Venus de Velázquez (\*)



En la disipación del viaje fácil,  
tú me has sido asidero; en ti recalas,  
como en su playa natural, mi espíritu.

La exótica recámara en que vives  
desaparece de mi vista; pierdo  
la sensación del desamparo estéril  
en que yace mi alma; mis pupilas  
no ven, en torno mío, las espúreas  
imágenes de bárbaro exotismo  
que me hablan de orfandad. En vano cruza,  
el libro abierto entre las manos finas,  
por ante mí, la adolescente rubia  
de majestad británica, teñida  
de oleadas de sangre la piel rica  
de una tonalidad frutal... En vano  
los viajeros de paso, originarios  
de climas encontrados, se dispersan,  
á pasos lentos, por el atrio en calma,  
desde el que imperas tú. Sones exóticos

(\*) En la *National Gallery*, de Londres.



de lenguas diferentes, en susurro  
de universalidad, rozan mis tímpanos  
y el espíritu inerme, que está falto  
del yacimiento familiar, expande  
todo su anhelo en una vaga niebla,  
que hará cuajar la embriaguez del viaje.

Pero has surgido tú. . . Tierra, mi dura  
tierra de encina y roble, entre pedruscos,  
han pisado mis pies; repuestas salas  
con los anchos sillones, donde el cuero  
toma el oro molido de los años,  
y arquimesas vetustas y brocados  
y armaduras sonantes y un revuelo  
de capas negras y velludo flácido  
donde te veo, con las aspas finas  
como-hierro de espada, venerable  
cruz de Santiago, signo de nobleza  
más que de religión, llenan mi espíritu.

Porque eres tú, prodigio de pinceles  
para la gente espúrea, hermana Venus,  
para el poeta, su país; y toda  
el alma de él, y la florida carne  
de sus mujeres y la eterna imagen  
del gesto eterno suyo, en el que tienen  
su espíritu hechizado. Sí, remota,  
remotísima España de los días  
de triunfo y de esplendor; queda, en el orbe,  
por este lienzo, en el desnudo suave  
de esta mujer, en la suprema calma  
de la actitud perfecta y en el sabio  
aplomo perennal de la yacente,  
vivo milagro de expresión, tu imagen.

Silencio: quiero, en la extranjera cámara,  
silencio para mí. Tú, que conoces  
el gesto aquel de imperio de tus hombres,  
haz callar á los bárbaros. ¡Oh, Mía!  
Tengo, para tu oído, entre mis labios,  
un verso puro, el último salido  
del troquel de oro y hierro de tu siglo;  
tengo una prosa — la última parada,  
como ave pronta á remontar el vuelo  
en la selva de tu órgano, Salinas—,  
y he de poner en ella, como en vaso  
de cristal los dos hilos de dos fuentes,  
la línea de tu espalda y la elegante  
de los flancos, uniéndose en el talle. . .

Silencio para mí; que tú y yo hablamos  
la misma lengua y sobre nuestras frentes  
la misma luz latina ha derramado  
su virtud germinal. Quiero besarte,  
por el modo galante de mi tierra,  
la mano de molicie con que, un día,  
arrancaste el carbunco á una corona  
y curaste á un mendigo. . . Reina y diosa,  
reconóceme ya, que soy — trocada  
mi antigua pompa en harapiento andrajo —  
el mendigo de ayer que te retorna.  
Mírame, Diosa y Soberana. Tienes  
á tus pies un mendigo. Mira, Reina:  
se levanta una mano hacia tu mano  
á recibir como un dictamen — oro  
ó espada — la misión que me atribuyas.

Soñé esta noche. Y la Ciudad enorme,  
desconocida y bárbara, ha servido



de pedestal estrecho al sueño mío;  
soñé aventuras y conquistas. Era  
la aventura en los mares del espacio,  
y la conquista astral... Tengo en el alma  
luz de unos astros, donde iré, entre llamas,  
á sentar mis reales: ¡serán tuyos!  
— Con la rodilla hincada, al modo nuestro,  
querida de magnates, te lo juro.

Y, si la turba exótica se ríe  
de mi actitud, tú sigue, Mujer nuestra,  
vuelta la espalda á tu extranjero dueño,  
displicente, indolente, nobilísima,  
viendo emerger del empañado espejo  
tu rostro joven, de óvalo florido,  
donde está, patinada de los años,  
con todo tu poder, toda mi España.

Londres, Junio 1908.



## Precursores (\*)



... Y acaso ya pronuncian, para vuestra sanción,  
vuestros propios hermanos una condenación.

¡Rebeldes! ... Hoscos, áridos en vuestra fortaleza,  
que laboráis sin cantos y sembráis sin belleza.

Solos, adustos en el esquivo horizonte,  
como peñascos que se desprenden del monte,

empujados de un viento pavoroso y fatal,  
sembráis á vuestro paso la destrucción y el mal.

Trastornáis el sentido y el orden de las cosas,  
quebráis troncos de pinos, tendéis tallos de rosas.

Arrasáis las praderas sembradas; vuestros daños  
lloran, en el redil, pastores y rebaños.

(\*) Tomando pie del acuerdo de «Huelga general» adoptado  
hace unos meses en París, y que abortó por ser impopular, abo-  
minando todos de sus iniciadores, se canta á los tristes y heroi-  
cos que, en lo esquivo de un ambiente adverso, inician luchas  
cuya definitiva sanción traerá el futuro.



Y la Naturaleza, irguiéndose, hosca y bella,  
os marca del estigma de hijos espúreos de ella...

Pedruscos desprendidos de la sierra, siniestros  
conculcadores de los eternos maestros,

rebeldes que rasgáis con la voz y el ejemplo  
la paz social — el velo tenue de nuestro templo;

pasará vuestra acción de delirio; violenta,  
dormirá, envuelta en sus despojos, la tormenta;

y el mundo, por la boca de la herida cruel,  
que con vuestras pasiones hayáis abierto en él,

condenará, Pontifice supremo, altas las sienes  
en la luz, y en sus manos el cetro de sus bienes,

vuestro vertiginoso gesto de destrucción;  
plantas agrias, daréis frutos de maldición...

— Pero la luz y el llanto divino y las ternuras  
con que os besen, pedruscos, las auroras futuras,

partirán á pedazos vuestra costra amarilla,  
desharán vuestros senos en arenas y arcilla;

las lluvias venideras os volcarán al llano;  
traerá el viento en sus alas la bendición del grano,

y así seréis, pedruscos, hoy agrios y enemigos,  
los futuros pañales de los futuros trigos.

¡Proseguí!... Con sus ojos puestos en el destino,  
mi musa os brinda un ósculo de paz en el camino.

Que ella guarda en su pecho reposado y arcano  
la total resonancia del espíritu humano;

y no os ve descender, pedruscos, de la sierra,  
duros en vuestros golpes y alaridos de guerra,

maldecidos, aislados, rebeldes, destructores,  
arrasando praderas y chozas de pastores,

sin pensar que mañana, cuando los días lleguen,  
cuando los rayos del sol de justicia cieguen,

seréis, entre las manos de algún piadoso obrero,  
los sillares augustos del templo venidero.







## Última estrofa



Lejos del familiar asiento mío  
— España: el día es crudo, el viento es frío —,  
se me ha perdido, en esta turbulencia,  
nave en un mar con nieblas, la conciencia.

No me conozco á mí. No sé qué historia  
revistió de estandartes mi memoria  
y puso montes en mis horizontes,  
con torres de castillos en los montes.

Y en túmulos cuadrados y severos  
figuró el bulto de unos caballeros  
que cubren, con su espada y con su palma,  
la forma temblorosa de mi alma.

No sé qué lazo en mi interior se ha roto  
que hoy todo mi pasado me es remoto,  
y en mi alma balbuciente  
como una tentación, raya un oriente...

Muevo, por sendas nuevas,  
la planta, ansiosa de futuras pruebas;  
y mi canción inquieta deja el nido  
del árbol conocido...

Hay un silencio entre las vivas cosas  
y todas mis potencias ambiciosas;  
y, para un himno singular, no escrito,  
su página me ofrece el Infinito.

¡Ay, árbol del camino,  
puesto en este lugar por el destino  
para que, á sombras de él, me despidiera  
de toda la pasada primavera!

Nostalgia y ambición caen de tus ramas;  
á un tiempo me despidés y me llamas,  
que, en tu sombra, he bebido  
á la vez la esperanza y el olvido.

— Canciones, que un momento  
con sangre de mi sangre le di al viento,  
¡amortajad, cayendo, mi alma fiera,  
como flores de almendro en primavera!

Sed, en mis hombros, túnica de lino;  
que este acaba y empieza otro camino;  
que todas vuestras galas  
se me conviertan en un ruido de alas.

El gesto repetido  
se me hizo usual y me adormió el sentido;  
lira mía, con pasos recatados,  
echa por los senderos ignorados.

Y desde este aislamiento,  
desligada del tiempo y del momento,  
coge, para una dulce despedida,  
la última flor de tu pasada vida.

Varsovia, Mayo 909